

La risa de Teresa*

Rosario Ibarra de Piedra

Bulmaro y Teresa viven en Puebla y siempre han sido luchadores. Trabajan y luchan por los pobres, por sus derechos, por lo que les corresponde y no les es reconocido.

En 1977 fueron amenazados por sus enemigos, por los poderosos, por los policías: "Si siguen molestando les vamos a desaparecer al más chiquito de sus hijos". Y así fue. El 5 de octubre de ese año, Bulmaro y Teresa no volvieron a ver al niño. Lo buscaron, primero en la ciudad y después en cuanta parte les daban una pista. Con hipocresía, los agentes judiciales decían ayudarles a "investigar" y los mandaban llenos de esperanza hasta las fronteras del Norte.

"Que unos gringos se lo llevarán". "Que lo vieron por allá en una ciudad cerca de Estados Unidos".

Y los pobres padres iban de un lado para otro y Teresa lloraba y sufría como todas nosotras las madres de los demás desaparecidos.

En 1978 los conocí. Llegaron a la huelga de hambre y se quedaron para siempre con nosotros. Lucharon a nuestro lado y defendieron después a los poblanos que reclamaban a sus familiares. Nunca han faltado a las plenas del comité y siempre llegan a las del Frente Nacional Contra la Represión. Cuidadosamente, lentamente, Bulmaro lleva anotados todos los actos que el Frente de Puebla organiza, lee ante nosotros los pormenores de sus visitas a los penales para atender las necesidades de los presos políticos, para darles ánimo: en que con la lucha de nuestro frente lograremos su libertad. Hoy, con la presencia de su hijo, está más seguro que nunca de que esto es posible.

Dentro de unos días, en Acapulco, llevaremos a cabo las reuniones plenas del Comité de Familiares y del FNCR. Allí estarán Bulmaro y Teresa y, claro, llevarán con ellos a Oscar Ernesto. Escucharemos el informe de su "aparición", de su regreso, de cómo se los devolvieron.

No es la primera vez que esto sucede. En muchas plenas y aun sin que éstas se realicen, hemos rendido informes entre nuestros compañeros del regreso de muchos, de su "aparición", de su salida de las cárceles clandestinas.

Parece resonar en nuestros oídos la cantarina risa de sus madres como hace días sonó la de Teresa. 148 veces hemos sentido ese júbilo y esperamos sentirlo muchísimas veces más.

Cada una de nosotras espera en su momento "el usufructo de su risa y la plena posesión de su llanto" que nos serán dados con su llegada. Reiremos fuerte, muy fuerte, como Teresa, y nuestras lágrimas serán entonces de alegría.

Nunca la había oído reír, aquel mediodía, su risa se escuchó por toda la casa, resonó como moneda de platón sobre el piso de barro, como cascada de pequeños cristales, como casca-belles agitados con fuerza, como el sonido alegre de una pande-reta. Antes, apenas si sonreía. Cuando nos encontrá-bamos en alguna reunión o en un acto, siempre la veía como pensando en otra cosa, posando su mirada triste sobre cosas y personas con blandura de plumas.

Aquel mediodía, de sus ojos rasgados salían chispazos de gozo, lucecitas de dicha, reflejos de lo que pasaba en su interior. Su alma entera rebosaba de júbilo. No era para menos. Aquel mediodía estábamos sentados en torno de la mesa en la cocinita de mi casa. Comíamos esos alimentos que se hacen más cuando llega visita inesperada, pero que nos saben tan bien porque los compartimos con los que queremos.

Allí estaba frente a nosotros, Bulmaro, Teresa, su hijo, Oscarito, y la madre de Bulmaro, Oscarito, a quien yo veía por primera vez, iba a beber la sopa directamente del plato pero con timidez volvió la cara hacia su madre buscando la aprobación.

Sin esperar a lo que Teresa dijera y con la confianza que nos van dando los años para con los jóvenes le dije:

"Andele hijo, no se fije, tómese el caldito como quiera".

Oscarito empuñó el plato y sorbió con deleite tragos gordos y largos hasta que se acabó la sopa y rubricó el acto con un suspiro de satisfacción. Fue allí donde brotó la carcajada de Teresa, fue entonces cuando la escuché reír por primera vez. ¡Y cómo no iba a hacerlo si este su Oscarito ha vuelto a sus brazos después de nueve años! Este Oscar le fue arrebatado cuando tenía dos años y hoy que lo ha encontrado, tiene on-ce. Por eso, allí, aquel mediodía, estábamos todos tan contentos. Teresa reía a carcajadas, Bulmaro la miraba largamente y la abuela del niño parpadeaba para sacudirse las lá-grimas de dicha que le llenaban los ojos. Oscarito nos miraba entre perplejo y alegre porque todavía no se acostumbraba a su nueva vida, a sus padres, a esa buena vieja que tanto lo

quiere, la abuelita que me dice muchas veces: "Lo encontramos señora, lo encontramos".

Oscar Vega Rosales se llama el niño. Su fotografía llamaba la atención de cuantos se acercaban a la reja de catedral cuando estábamos en "plantones" o en huelgas de hambre. Allí, entre los grandes, entre los jóvenes, entre nuestros hijos, hermanos y compañeros, estaba la carita de Oscar. La fotografía que al cumplir dos años de edad le mandaron tomar sus padres. Serenito y regordete, enfundado en una pa-nerita de manga corta, tranquilo e inocente.

Hoy, Oscarito tiene once años y en donde lo tenían le llamaban Ernest. Ríe cuando le digo que al menos le buscaran un nombre importante. Se me queda mirando fijamente cuando le digo que un tocayo de él, en tierras muy lejanas escribió sobre "La importancia de llamarse Ernesto", pero la importancia más grande se la dio a ese nombre el "guerrillero heroico". Ernesto Guevara. Mueve la cabeza afirmativamente, no sé si entiende o no todo lo que le digo, pero parece que le gusta que proponga a sus padres que de ahora en adelante lo llamaremos Oscar Ernesto.

*Publicado en El Universal el 1 de abril de 1986.